

Del síntoma al fantasma. Y retorno
Jacques-Alain Miller. Paidós, Bs.As., 2018.

No exagero si afirmo que en cuanto supe de la publicación de este Curso corrí a comprarlo. Habiendo leído en diferentes momentos “Dos dimensiones clínicas: síntoma y fantasma” (publicado en 1983), tenía la idea de que este Curso sería la ampliación de esas conferencias dadas en Buenos Aires. Y efectivamente el Curso fue dictado por J-A. Miller en París entre 1982 y 1983, es decir que esas dos intervenciones en Buenos Aires fueron una especie de condensado resumen de lo desarrollado allí.

Ya en el inicio Miller afirma “Y puesto que en el pasado se me solicitó el *index*, que siendo aún estudiante escribí para los *Escritos* de Lacan a pedido suyo, puedo al menos decir que efectivamente en ese *index* veo la huella de mi vocación: ser garante de la coherencia del saber elaborado por Lacan. (...) Ahora, se trata de fabricarse esa garantía, y una garantía verdadera es algo muy difícil de fabricar porque no hay Otro del Otro. Esto quiere decir, como Lacan mismo lo traduce, que ninguna cadena significativa puede llevar su garantía, por lo que no hay otro modo de fabricársela que prosiguiendo y verificando que se sostenga. Como no hay Otro del Otro, la serie es la única garantía de lo serio.

“Este curso gravita para mí en torno a la práctica analítica, práctica estructurada por la obra de Freud y por la enseñanza de Lacan, y por lo tanto, no sólo no se puede ahorrar hacer referencia a ella, sino que vamos a apoyarnos en ella y a enseñar a partir de ella.” Así como se quiso cercenar la parte de la obra freudiana que inicia con *Más allá del principio del placer*, es decir lo que involucra la pulsión de muerte y la compulsión de repetición, en Lacan también algunos de sus alumnos quisieron desconocer su enseñanza a partir de cierto momento: hubo quienes eligieron quedarse sólo con su preeminencia del Otro simbólico, sin tomar sus desarrollos respecto de lo real. Por eso afirmará Miller que su intención es mostrar *Otro Lacan*.

Por supuesto que la alusión que realiza a la *garantía* respecto del Otro no es anodina: es 1982 en París y había transcurrido un año de la muerte de Lacan. Por ello la “coherencia y verificación del saber analítico” está en sus manos. Así la entiende -y siente su peso, por supuesto- en tanto elegido por Lacan para *establecer* sus *Seminarios*, lo cual significa -como él mismo lo explica luego-, que es “la única traducción autorizada”.

Miller afirma haber elegido ocuparse del “binario síntoma y fantasma” porque considera que “ha sido ignorado”. “El fantasma -dice-, a diferencia del síntoma, conduce a una problemática ética. El síntoma conduce naturalmente a una problemática terapéutica. ¿Cómo curar el síntoma? Es a lo que se apunta como “levantamiento del síntoma”, como su desaparición. (...) Si Lacan habla de “atravesamiento del fantasma” y no de “levantamiento del fantasma” es porque no se trata de ninguna manera de su desaparición. Se trata de entrever, en el primerísimo comienzo, lo que hay detrás de él. Lo divertido es que detrás del fantasma no hay nada. El final del análisis consiste precisamente en ir a dar una vuelta por el lado de la nada. Allí rápidamente notamos que nada fuerza al analista a ello, sólo esta función que hay que restituir a su lugar, la del *deseo del analista*. El artículo definido es engañoso, porque no se trata de todo analista, se trata del deseo del analista en función, del analista como función. (...) Por otra parte, la puerta de entrada en el discurso analítico, si la toman en la enseñanza de Lacan, está modelada sobre el esquema del discurso del amo, mientras que su salida responde a la estructura del fantasma, en función en el discurso del analista. Por eso, hay un más allá de la clínica, y repito: “no hay clínica sin ética”. No hay clínica psicoanalítica sin implicación del analista, implicación de su querer, de su deseo. El “¿qué me quieres?” que Lacan tomó del *Diablo enamorado* de Cazzotte, de la lengua italiana -lo que lo convierte en una especie de matema gracias a ese movimiento translingüístico-, ese *Che vuoi?* vale para el analista mismo: “¿Qué quieres obtener de los sujetos que se alinean, de los sujetos que se ordenan?” (...) Hay una elección para el analista acerca de la respuesta que se le da a ese ¿qué me quieres? Que tiene consecuencias inmediatas para el paciente. Por eso la responsabilidad del analista no es un vago eslogan. Por supuesto hay un registro de esta práctica que es del orden del

asegurarse, porque la entrada en análisis puede hacerse en un estilo de “pánico”, poniendo la angustia del sujeto por delante, por razones que son perfectamente perceptibles, estructurales.

“El análisis está en posición de tranquilizar, atemperar lo que en determinado momento se desgarró y conducir al sujeto a la regla analítica, que no es el discurso del amo. (...)”

“¿Cuál es la apuesta de Lacan? Definir un nuevo lazo social a partir de esta insociabilidad misma en relación con los ideales comunes. Es una apuesta absolutamente extraordinaria, que consiste en pedir a los analistas *ex-sistir*, existir fuera de los lazos sociales admitidos, en lugar de excusarse por lo exorbitante de su práctica. La otra solución es cerrarse a ese “más allá de la clínica”, detenerse en el nivel propiamente clínico y terapéutico, entonces en este punto repito -lo que es un punto de vista, una perspectiva-: “No hay clínica sin ética.” Es indudable, como vemos, la insistencia de Miller en poner el acento en la ética respecto de la clínica. Y ello está fundado no sólo en la parte que atañe al analista y sus ideales, sino también a la distinción fundamental que será parte de los objetivos de este curso: diferenciar y complejizar la relación del sujeto con el síntoma y con el fantasma, el goce en el dolor. Por eso pasará a considerar el superyó partir del *Escrito* “Kant con Sade”.

“¿Qué formula a este respecto el superyó? El superyó, esa instancia que perturba el bienestar del sujeto, formula en términos de Lacan: “¡Goza!”. Es así como Lacan descifra su imperativo. En este sentido el superyó es una voluntad de goce (...) Es una voluntad de goce repartida por un lado en el síntoma que satisface algo en el sujeto -que no estaría atado a su síntoma si no fuera para él un modo de goce-, y por otro lado este goce está presente bajo otra modalidad en el fantasma. (...) La paradoja es mucho más grande del otro lado, del lado del fantasma, donde el goce se acomoda al placer. Y allí el aparato del fantasma, que es un aparato significante, un montaje muy complejo, obtiene placer del goce, goce profundamente doloroso en relación con la sensibilidad del sujeto. Por eso Freud lo elabora por el sesgo del masoquismo, porque el fantasma masoquista cuenta precisamente éso, cómo producir placer con el dolor.” Para desarrollar el tema del fantasma se dedicará a un detallado análisis del texto freudiano “Pegan a un niño”, puesto que allí encontramos el paradigma del fantasma.

Miller consigna que Freud ve en los sueños y en la fantasía una “comunidad de estructura”: ambos son realización de deseo. En Freud esta comunidad está definida ya desde *Estudios sobre la histeria* y *La interpretación de los sueños*: “De entrada pone el acento sobre la consistencia narrativa del fantasma. Entiende por ésto una producción de imágenes y de relatos de imágenes, que Lacan bautizó *escenario*. (...) El fantasma traduce un dejar de lado al sujeto y una posición de espectador, incluso si su identidad y su forma imaginaria pueden figurar el escenario fantasmático.” Va a deslindar dos aspectos o registros del fantasma: “Una forma imaginaria -aunque más no fuera porque el fantasma implica aparentemente formas, personajes, una escena y una pequeña novela-”. Por otro lado, “una dimensión simbólica: hay réplica. En todo caso hay una articulación de la historia del fantasma, podemos plantear si seguimos a Freud en su paradigma que el soporte es una frase e incluso el resumen, el fantasma es una frase: “Pegan a un niño”. (...) En este sentido, no estamos frente a imágenes completamente crudas. Estamos frente a imágenes puestas en función significante. Y que varían según ese contexto significante. Entonces, el *a* que figura en la fórmula del fantasma de Lacan era para él el índice de ese cuerpo del Otro que viene siempre en el fantasma, e incluso de manera evidente.” Pero en el fantasma se trata de “poner en función esos trozos separados del cuerpo, objetos *a*”.

Pasemos a “Pegan a un niño”.

En el primer tiempo de la fantasía “Mi padre pega a un niño...que yo odio”, el goce del sujeto está en considerarse amado en detrimento de otro que es golpeado. Sería un primer tiempo sádico.

En el segundo tiempo es la lógica freudiana la que reconstruye este tiempo que jamás es recordado: “Yo soy pegado por el padre”. El pegar se deduce como una forma del amor del padre y se liga al erotismo. Allí encuentra Miller la ligazón de la represión primordial y el masoquismo originario.

En el tercer tiempo: “Pegan a un niño”. El “no sé más...”, la imposibilidad de la asociación del sujeto pone en primer plano el *se* impersonal: “un niño es pegado”. Este “no sé más...” demuestra el

punto de falta de significante en el Otro, el punto de falla en el saber del Otro, la barra sobre A, que a la vez relaciona Lacan con el *látigo*: elemento que da cuenta de esta *barra*, que es también la que cae sobre el sujeto en tanto lo tacha al mismo tiempo que lo engendra, el significante. [*Barra* que también será aludida por Lacan en el *Seminario V* a propósito del *Caso Hans*] El *no sé más...* es también el nombre que le parece adecuado a Miller para nombrar este fantasma.

Cuando se dedique a desmenuzar la fantasía “Pegan a un niño” en términos lógicos definirá al sujeto como una *variable*, que se instala en un agujero donde aparece un vacío en la cadena simbólica. En este sentido, la variable “un niño” podría ser también “un caballo”, etc. Lo que no varía en la frase es el “pegan”: es el mínimo de la cadena invariable, un predicado invariable.

Distinguirá la cuestión *representativa* en lo que tiene que ver con el sujeto (lo que está representado por un significante para otro), de la *presentativa* en relación al objeto: en éste no se trata de representación, sino de *presencia*. Ya tenemos la oposición entre Simbólico y Real; primero el objeto fue imaginario, a la altura de “Función y campo...” y del “Estadio del espejo...”. Y allí entonces volverá a la cuestión de la *presencia* del analista en la sesión, en esa cita. [Me parece oportuno su comentario al pasar, dado nuestro actual contexto: “Por eso Lacan aborda el fantasma por el sesgo de la presencia, hay que saber entender esta presencia: ella viene al lugar de la representación, ésto hace que nos desplazemos para dar cursos, por ejemplo. Podríamos imaginarnos prescindir de eso y grabarnos antes.” No imaginarnos en una situación así en esta pandemia nos ha hecho recurrir a artificios del orden de la escritura para paliar una *presentación* que hubiera sido indudablemente en presencia.]

Respecto del *ausentarse* dará un ejemplo de su propia clínica, donde la histeria puede ya sea poner a otro/a en la escena fantasmática o directamente *irse* de la cita, analítica o no. También citará a Schreber y su fantasma “sería hermoso ser una mujer en el momento de sufrir el acoplamiento”. Pero en relación a la histeria “el hecho de instalar este doble en su lugar le permite ausentarse. Es el principio de su síntoma, levantar campamento, dejar caer.” Para continuar más adelante: “Cuando el sujeto encuentra una falta en el Otro del significante, cuando está ante una ausencia cabal de la garantía en el Otro, no encuentra el significante que sería su nombre propio porque precisamente no hay nombre propio en el inconciente que no esté destinado a deslizar, entonces se necesita que el sujeto busque un elemento de otro registro diferente del registro significante. (...) En definitiva, es algo de su real a lo que el sujeto apela en ese lugar.” Allí comenzará un detallado recorrido referido a la sentencia freudiana “*Wo es war, soll Ich werden*”: allí donde eso era, yo debo advenir...en el análisis. Alienación del síntoma, separación del fantasma; operaciones que traducen la articulación freudiana entre represión y fantasía.

Un comentario posterior de Miller retoma la cuestión del nacimiento del sujeto según Lacan, ese momento mítico que debemos suponer en función del *grito* que se transforma en *llamado* a partir de la respuesta del Otro: por un lado “resuena” la concordancia con su Curso *Los signos del goce* [o *Lo que hace insignia* en la otra traducción posible], que fue dado posteriormente en París pero fue traducido antes que éste. Por otro lado confluye en el complejo tema de lo que sería el *infans* como lo llama en algunas ocasiones Lacan, antes del lenguaje: ¿es algo? Dado que suponemos el sujeto una vez que el lenguaje le ha dado cierto lugar en el Otro. Todo el problema de la *Urverdrängung* freudiana se sitúa allí. Lo cual a su vez nos remite a la cuestión de *das Ding*, a la que Miller dará un extenso desarrollo que tomará varios capítulos, dado que el *Seminario VII La ética del psicoanálisis* es la referencia por excelencia de ese tema y que además marca el inicio en Lacan de la problemática de lo real propiamente dicho. Por ello Miller lo designa como el corte que plantea la pregunta: “¿cómo operar con lo que en la experiencia analítica se sitúa a partir del *éso no habla?*” Evidentemente estamos en la perspectiva de que no todo es significante, de que hay algo que resiste a la palabra y eso induce una *inercia* en la cura: es la inercia de lo real. A partir de aquí la cuestión de la interpretación tendrá que tener en cuenta el *silencio* del analista, en tanto lo que no habla es el silencio mismo de la pulsión. [Creo que vale la pena aquí recordar la advertencia tantas veces dada por Germán García respecto de que si el supuesto analista no es versado en la clínica “más vale que hable bastante, para no correr el riesgo de deslizarse a la pendiente de lo pulsional”. Me parece una indicación clínica preciosa y certera, que caracterizaban a esas “perlas germanianas”.]

Volviendo a *das Ding*: “Lo que ya estaba en gestación, en preparación en *La ética...* en la posición de *das Ding* como un centro de la economía psíquica y de la vida del sujeto. *Das Ding* en el centro pero como excluida, imposible de acercarse y protegida por una barrera. Hay allí una topología que Lacan no dejó de relanzar: en el centro pero excluido. Más tarde inventó una linda palabra para calificarlo, *extimidad*. Lo que toma su valor por *intimidad*. Es tan íntimo que en definitiva es éxtimo. (...) Lacan evoca el goce siempre en esos términos. [En el *Seminario 11*] “En tí más que a tí”. Esto constituye la razón del rechazo freudiano y lacaniano del amor al prójimo, en tanto que precisamente lo que se trataría de alcanzar en él, de amar en él, sería aquéllo que en él es más que él. El amor al prójimo instaura una relación con aquéllo que le es éxtimo a ese prójimo.”

En este sentido “la Cosa es el primer nombre del más allá del principio del placer, es Kant con Sade y también Kant con Freud”, afirma Miller. Imperativo categórico más la libido. El *Seminario VII* responde al *Seminario II* puesto que la ética que implica a los analistas lacanianos se refiere al yo. Con ese efecto de aburrimiento que constató Lacan en sus oyentes realizó otra cosa: “con lo que los oyentes deseaban, Lacan hizo un *Seminario*” ironiza Miller. ¡Qué mejor ejemplo de uso de lo que Freud llamaba *resto fecundo* del análisis! Aquí volvemos a ubicar eso que Germán García hacía tan bien: leer el auditorio. Y es un elemento que Miller no deja de lado en sus Cursos. Por este sesgo es que lee el deseo de Lacan cuando dice que “el *Seminario VII* es la puesta en función de la posición lacaniana en la existencia y a partir de la cual estructuró la experiencia analítica”: por ello sitúa una vez más a *Edipo en Colona*: la ética del psicoanálisis no es el Bien. “No ceder en su deseo” se ejemplifica con esta posición y la de Freud y su coraje, que Lacan en el *Seminario II* a partir del “Sueño de inyección de Irma” interpreta como el deseo de Freud: “(...) *Soy aquél que no quiere ser culpable de ello, porque siempre es ser culpable transgredir un límite hasta entonces impuesto a la actividad humana. (...) No soy allí sino el representante de ese vasto, vago movimiento que es la búsqueda de la verdad, en la cual yo, por mi parte, me borro. (...) El creador es alguien superior a mí. Es mi inconciente, esa palabra que habla en mí, más allá de mí.*” La búsqueda de la verdad conlleva sus riesgos, pero ni Freud ni Lacan temieron sus consecuencias.

Si Lacan inventó el objeto *a* fue para hacer operativa una cierta maniobra con la Cosa, con eso que define *lo que no habla* en el análisis. “El falo designa lo simbolizable del goce. Por el contrario el objeto *a* designa lo que no es simbolizable del goce. (...) Pero el objeto *a* no dice nada y se le recomienda al analista que lo encarna no decir mucho y hacer hablar. Evidentemente podría darse lugar a una revelación del falo que habla: es la ambición de la histérica. Por eso el sujeto histérico hace gustosamente preguntas.”

Volvemos un poco al síntoma en cada estructura. “El sujeto histérico grita de buen grado y a los gritos que no cederá en su deseo bajo ninguna condición. Pero es sólo una apariencia. De hecho, la histeria consiste en ceder en su deseo, e incluso ceder precisamente su deseo, es decir intercambiarlo. Eso le da su vocación de sacrificio. (...) Dora cede en su deseo quiere decir que no lo satisface. Prefiere a su deseo todo aquéllo que hace las veces de falo imaginario. (...) Es la posición por excelencia del significante. Es la pasión por todos los signos del deseo a condición de no satisfacerlo, es decir, reintroducir el -fi. (...) El obsesivo, por el contrario, odia todos los signos del deseo y se ocupa con todo empeño en aplastarlos. Es lo que hace no sólo a su relación de agresividad dual con el Otro, sino también a su rabia contra todo lo que manifiesta el deseo y el goce del Otro. (...) Así como la histérica tiene relación *con el Uno*; el obsesivo lo tiene *con lo múltiple*, por ejemplo: el *Hombre de las ratas* y las equivalencias en sus objetos. (...) [Pero] No hay que confundir la compulsión obsesiva y el deber: la compulsión obsesiva apunta a borrar el deseo del Otro, a taponarle todos los intersticios para impedir que se manifieste. En esta compulsión, el sujeto se hace siervo del significante para conjurar cualquier manifestación del Otro y de su deseo.”

A raíz de cierta pregunta formulada por Eric Laurent en torno a la conexión entre atravesamiento del fantasma e identificación al síntoma, Miller responde que su título *Del síntoma al fantasma. Y retorno* de alguna manera implica el cuestionamiento de ese término, no sólo porque Lacan lo utilizó sólo una vez en su enseñanza, sino porque “el sujeto no se identifica a su síntoma, de otro modo no vendría al análisis a quejarse de él. Si pensara que ese síntoma es él, no sería para él mismo una opacidad subjetiva. Por lo tanto la identificación al síntoma conlleva que el síntoma se

atemoriza de ser una opacidad subjetiva. Entonces, la identificación al síntoma sin ser el levantamiento del síntoma es otra versión: es el sujeto cómodo en su síntoma -cómodo como pez en el agua-. Es un ideal.”

Marzo de 2021.

Liliana Goya.-